

ASHNA

Aquellas manos producían en mí una repulsión natural, una suerte de rechazo inherente a la paradoja que representaban. No podía explicarme cómo podían aquellos dedos, nudosos y endurecidos por la vida y las circunstancias, acariciar aquellas flores con tanto mimo, sin disimular ni un ápice el amor profundo y casi religioso que el hombre profesaba por esas plantas.

Me acerqué a él por la espalda, muy despacio, sin hacer el más mínimo ruido. Sólo necesite una simple mirada a su rostro para reconocer la imagen que todos los periódicos y televisiones llevaban mostrando durante tanto tiempo.

Estaba delante de mí, agachado frente a los rosales del jardín de su modesta casita. Creía poder percibir en él una ilusión casi infantil por su labor, la ligera sonrisa que se dibujaba en su rostro evidenciaba la satisfacción que le proporcionaba su trabajo. Conocía bien la satisfacción que le producía a aquel hombre cuidar las rosas. Yo era jardinero antes de que la vida, en un giro brutal y triste, pusiese en mis manos una pistola.

Tuve que hacer un verdadero ejercicio de reflexión para asimilar la información que me había proporcionado el periodista. A cambio de una pequeña pero dolorosa entrevista, me había proporcionado la dirección del asesino y violador confeso de mi hija. No tenía claro que pudiese hacerlo, no sabía si podrían mis manos acariciar la justicia que el sistema judicial me negaba. Él estaba fuera, libre y sin culpa apenas transcurridos unos años que se antojaban demasiado escasos para que cicatrizasen las heridas de mi corazón. Por eso cerré los ojos con fuerza y recordé a mi pequeña Ashna.

Ashna, en castellano, significa “yo transformaré”. Esperaba que su recuerdo hiciese honor a su nombre, y transformase al humilde jardinero que era, en el justiciero que deseaba ser.

Ashna era pequeña, menuda, vital y eléctrica. El sonido de su sonrisa era peculiar, tenía la capacidad de llenar cualquier espacio, de traspasar todas las barreras. La idea de aquellas manos descomunales, férreas, acabando con la vida de mi hija, extinguiendo para siempre su sonrisa, formando una presa letal sobre su cuello, abandonando su cuerpo en una marisma inmunda, le daban a mi brazo una fuerza, una decisión que nunca creí tener.

La carne es fiel a la tierra, pero el alma le pertenece al viento. Quiero creer que cuando apreté el gatillo, y el sonido de la detonación del revolver me ensordeció durante unos minutos, el alma del Estrangulador De Las Marismas, escapó a lugares remotos, dejando por fin reposar al cuerpo. Quise pensar que el cuerpo que ahora descansaba sobre el lecho de rosas que con tanto mimo había cuidado, se sentía feliz al no tener que soportar más la oscuridad del alma que guardaba.

Unos minutos más tarde, sin aliento por la carrera, con el sabor de la bilis en la garganta y escondido en un almacén abandonado, miré mis manos y me di cuenta de que producían en mí una repulsión natural. Una suerte de rechazo inherente a la paradoja que representaban. No podía explicarme cómo podían aquellos dedos, acostumbrados a tratar con flores inimaginablemente bellas, haberse dejado llevar por la ira y asesinar a sangre fría, a otro ser humano.